

UNIVERSIDAD CATOLICA

Tema palpitante que ha venido aflorando estos últimos tiempos en la prensa y ha sido objeto de comentarios para todo aquel a "quien le duela Venezuela". Tema insoslayable para todo Católico.

Es el caso que Venezuela, que entre las naciones del Continente americano se cuenta entre las más prósperas, ha quedado a la zaga en el aspecto de la cultura cristiana. Porque es quedar a la zaga no poseer todavía un Instituto que represente la alta cultura cristiana: su pensamiento, su humanismo, su influjo irradiador, su trascendente misión social y patriótica. Es quedar a la zaga no poseerlo aquí, en América, donde se registra una espléndida floración de Universidades Católicas. Más de treinta ostenta Estados Unidos. Entre las naciones latinas del Continente cuentan con Universidad Católica: Chile (dos), Brasil (dos), Colombia (dos), Perú, Ecuador, Cuba, Puerto Rico. Argentina posee un Instituto de Cultura Superior Religiosa.

Hora es ésta de sacudir nuestra pereza y de incorporarnos al ritmo acelerado de trabajo fecundo que caracteriza a las Universidades Católicas. Todo parece que lo está pidiendo: la opinión, la tradición de nuestro pueblo, la misma crisis de la Universidad oficial. Tejeremos algunas ideas acerca de la misión de la Universidad Católica y de las condiciones mínimas para su funcionamiento, dejando para otras ocasiones dar noticia más detallada sobre el funcionamiento de algunas Universidades Católicas más conocidas.

Edificio incompleto.

Somos los primeros en reconocer la espléndida labor de los Colegios Católicos en Venezuela. Representan ellos algo básico, medular. Sin embargo, si la educación católica no rebasa el marco de la enseñanza media, podríamos decir que levanta un edificio, a punta de esfuerzos y sacrificios, pero que lo deja trunco e inconcluso. Cada Colegio Católico representa una columna, un arco, pero todos ellos están reclamando el triunfo de una cúpula que las envuelva y corone. Y eso es precisamente la Universidad Católica: coronamiento final de una larga labor educadora, término de un proceso que se inicia en los primeros días de la infancia y se continúa tras la gráfica ondulante y febril de la adolescencia.

En el proceso educativo, la Universidad Católica es la plenitud la madurez. No puede el ser humano estancarse en la adolescencia, so pena de renunciar definitivamente al sentido de plenitud que corresponde a la edad madura. De igual modo: mientras la educación católica no abarque la etapa universitaria, será siempre una educación adolescente, vial, no ya algo pleno y definitivo.

El Colegio Católico, aun cronológicamente, corresponde a la adolescencia. La Universidad recibe en su seno a la juventud y la lleva hasta la entrada misma de la edad madura.

Pero hay algo más grave todavía. No sólo es incompleto el fruto de los Colegios atólicos, cuando no existe una

Universidad Católica, sino que en buena parte corre el riesgo de esterilizarse. En efecto: el ser humano está siempre expuesto al influjo del ambiente. Capacidad plástica especialmente acentuada en los años que preceden a la madurez. La Universidad Católica prolonga el ambiente psíquico y cultural del Colegio, aunque en una etapa superior. En cambio, se establece una verdadera ruptura de ambiente, entre el Colegio y la Universidad oficial. Podrá esta poseer positivos valores, que no le negamos. Pero en cambio, es oficialmente laica. Es decir, que en el aspecto más trascendente del ser humano, adopta una postura "neutral", rehuyendo inmiscuirse en zonas que considera reservadas a la conciencia individual. No toma posiciones la Universidad oficial ante el más allá, ante Dios y el alma. No resuelve los inquietantes problemas que todo ser medianamente humano se plantea a diario desde las fibras más calladas de su ser. En filosofía, por ejemplo, su misión se reduce a desplegar ante las mentes atónitas de un auditorio la vistosa galería de sistemas filosóficos. Pero no posee ella un ángulo, una atalaya, un núcleo. Y lo que interesa precisamente a la sociedad son los hombres que posean un ángulo de visión trascendente, y que sepan atalayar y defender el núcleo de sus convicciones y de limpia ética profesional.

El rudo contraste de ambientes plantea en muchos estudiantes sordas crisis dolorosas y, a veces, una total revisión de valores. Existen los afortunados, los fuertes, quienes superan la crisis gracias a la profundidad de su fe o a la solidez de su formación. Pero existe el tipo del mediocre, del que no posee una recia personalidad, del impresionable, en quien hace honda mella la actitud laicista e impersonal.

Pero si a esta actitud llamada "neutral", se añade, como es nuestro caso, la postura beligerante, la agitación partidista, el proselitismo organizado, se comprende que los débiles, los mediocres, titubeen en sus principios y se diluyan en la masa amorfa de los que

no piensan ni tienen nada que defender como propio. O que se pasen al bando contrario, llevados por una de esas misteriosas leyes de la ambivalencia psíquica.

En todo caso y como balance final: buena parte del influjo de la educación católica queda neutralizado o destruido. Todo ello se evita en el seno de la Universidad Católica.

La formación de profesionales católicos.

Y es que la misión fundamental de la Universidad Católica es formar profesionales íntegramente católicos.

Los prepara, sí, científicamente, como los Colegios Católicos preparan en bachillerato o comercio. Pero por encima de toda competencia técnica, se estima, valora y busca la formación integral de la persona. Se busca formar profesionales que posean una actitud de un hondo sentido de responsabilidad profesional. Que intuyan los problemas latentes de su patria y reaccionen ante ellos con la sensibilidad social de un biennacido.

Y se busca formar Católicos integrales: para quienes la Religión no sea un artículo de lujo, o una fácil contabilidad interesada, o un narcótico para acallar angustias y tapar injusticias. Católicos-verdad: que sepan lo que creen y por qué lo creen. Católicos consecuentes: que no se avergüencen farisaicamente de confesar en público lo que creen en privado. Católicos enteros: que no practiquen dicotomías entre el fuero privado y la vida pública, entre el hogar y la sociedad. ¿Qué podría interesar a la Patria esos cristianos que reservan para Dios el lugar estrecho y húmedo de una sacristía? Concepción raquítica de Dios, capaz sólo de engendrar mezquindades!

El ambiente de las Universidades Católicas favorece esta formación integral. Es sanamente serio, disciplinado, orientado hacia el estudio personal. Ambiente donde se conjugan las relaciones más fraternales con el acatamiento leal y espontáneo del principio de autoridad.

La Ciencia y la Cultura.

Entre las principales misiones de la Universidad Católica, figura su voluntad de contribuir al progreso de la ciencia y a la irradiación de la cultura.

No es la Universidad un simple centro donde se transmiten conocimientos. Es también un gran laboratorio, un taller, una fragua. Tiene ella por misión preparar, sí, profesionales, en las diversas carreras; pero también investigadores que no contentos con lo logrado, se lancen a la búsqueda de nuevas rutas en la difícil esfera de las disciplinas científicas. Debe, por consiguiente, no sólo capacitar a los más para el ejercicio decoroso de la profesión, sino equipar entre los suyos a quienes hagan de la investigación una meta. Esto supone, naturalmente, despertar el interés, crear la postura, iniciar en la metodología que conduce a la investigación autónoma o en equipo.

Gloria no pequeña de algunas Universidades Católicas ha sido esa contribución positiva al progreso de la Ciencia: tema que desarrollaremos en otra oportunidad.

Junto con el progreso científico, contribuye la Universidad a la difusión de la cultura. No son centros cerrados, estérilmente desvinculados del ambiente que los rodea. Son focos de irradiación que emiten un influjo y crean una atmósfera.

Y como se trata de Universidades Católicas, su irradiación típica es la de la alta cultura cristiana. Están ellas encargadas de conservar la quintaesencia de esa cultura no en los viejos pergaminos de un archivo, sino de modo vital, esculpiéndola en el alma generosa de la juventud. Cultura cristiana superior, que por desgracia entre nosotros es poco conocida y apreciada. Cultura que no sólo supone una interpretación total de la vida, sino un influjo real en sus diversas manifestaciones. Porque la cultura cristiana se refleja lo mismo en el arte que en la historia, lo mismo ante el problema social que ante la solución jurídica de un problema. Cultura que en diversas naciones ha producido una selección intelectual a través de la historia y que ha impreso su sello en el mundo occidental. Humanismo espiritualista y dinámico que constituye lo mejor de nuestras antiguas tradiciones venezolanas y que está todavía palpitante, pese a las circunstancias desfavorables, en el fondo de nuestro espíritu nacional.

Misión patriótica.

Nacida en el seno de la nación, la

Universidad católica no pierde nunca contacto con los problemas vitales que saturan el ambiente. Posee ella el fino sentido de realidad, propio del Cristianismo. No se cruza de brazos ante la realidad cruda y lúgubre. Por el contrario: la toma en sus manos, la lleva a sus aulas, la coloca ante los ojos de la juventud a ella confiada y siembra en la misma la inquietud: la sana, la noble, la quijotesca inquietud de servir a una causa noble, de consagrarse a algo por lo que merezca jugarse la existencia. Sagrada mística del entusiasmo constructivo, clara visión objetiva de la realidad, voluntad decidida de superación: he ahí el aporte que, a través de sus alumnos, da la Universidad Católica a la Nación.

Hombres que sepan ver; que quieran remediar; que valoricen lo existente y construyan el futuro!

Este sentido nacionalista, este "ser para la patria", da una fisonomía de actualidad a las Universidades católicas. No son curiosidades históricas o fósiles de museo, sino palpitación del corazón nacional, que canta o sangra. Corazón que, en todo caso, es pura voluntad de vida.

Oportunidad entre nosotros.

Como se ha subrayado en la prensa, la existencia de una Universidad privada es especialmente oportuna en los tiempos que vivimos.

El gran desarrollo industrial, económico y social que en pocos años ha experimentado Venezuela, está pidiendo este complemento cultural, al igual que otras Naciones.

Lo pide la tradición católica de nuestro pueblo. Lo pide el numeroso alumnado que egresa de los Colegios Católicos. Lo pide el sentido de responsabilidad que es preciso imprimir a las instituciones de carácter superior, llamadas a desempeñar tan noble misión en el seno de la sociedad.

Respecto a las Universidades oficiales, la Universidad Católica representaría un sano estímulo. Alguien decía estos mismos días que la mejor manera de restablecer el orden en nuestra ajetreada Universidad oficial, sería el simple anuncio de la próxima fundación de una Universidad Privada Católica.

Condiciones.

Es evidente que la misma dignidad universitaria exige un mínimo de condiciones, sin las cuales su actividad sería irrisoria.

Condiciones de orden material: edificio adecuado, equipo completo de laboratorios y medios de investigación, bibliotecas especializadas, etc.

Condiciones de orden jurídico: absoluta autonomía frente a las autoridades educacionales ajenas a su propio claustro. No es la Universidad un centro de tantos donde se cursa bachillerato o comercio. Es la institución superior que en toda hipótesis, debe gozar de tanto prestigio como para responder directamente ante la sociedad de su interno funcionamiento. Su misma existencia debe bastar para avalarla, sin que necesite la intervención de autoridades extrañas. Tanto más, si se trata de una Universidad Católica, organismo de la Iglesia y que cuenta por lo tanto con el respaldo secular de la misma. Autonomía que involucra lógicamente el reconocimiento legal de los títulos que ella expida; el derecho de organizar libremente sus facultades, cursos y programas; la libertad para fijar las condiciones de admisión y de reconocimiento de otros títulos, etc. En una palabra: la Universidad Católica debe funcionar por sí sola, bastando el hecho mismo de su existencia como garantía de su idoneidad.

Condiciones profesionales: requiere la presencia de un claustro cuidadosamente escogido y que sea capaz de realizar las altas finalidades que la Universidad Católica se propone. De ordinario, las Universidades Católicas llaman a colaborar las mejores fuerzas vivas de la Nación en el campo católico. Y aunque estén a cargo de una determinada institución religiosa, —como es el caso, por ejemplo, de las veintiséis Universidades jesuíticas de Estados Unidos— se caracterizan por su nota de universalidad, de acuerdo con el nombre que las especifica.

Presentación y Contenido.

Se insinuaba estos mismos días que era necesario fundar la Universidad católica, aunque fuera en forma muy modesta. Desde luego que soy de opinión que en todas las cosas hay que distinguir la presentación y el contenido.

Los latinos somos de ordinario formalistas: nos fascina la presentación. Cuando se trata de fundar una obra educacional nos preocupamos, ante todo, de su fisonomía externa. Diríase que una vez que contamos con un amplio auditorium, un bello campo de deportes o un soberbio laboratorio, suponemos que todo lo demás debe añadirse de por sí.

Pero resulta que "todo lo demás" es precisamente lo más importante: lo que no se improvisa ni se compra, lo que no se sustituye por nada. Es cabalmente el contenido.

Hay obras con presentación y sin contenido. Hay obras con denso contenido y con escasa presentación.

Hay magníficos equipos de laboratorio, pero vírgenes, porque falta la mente investigadora que los destruya a fuerza de manejarlos.

Hay, en cambio, como en ciertos rincones de Europa, instalaciones mal hechas, recintos que no cumplen con la última palabra de la higiene, pero que son hormiguero de investigadores.

Larga sería la historia de las instituciones que comenzaron con escasa presentación, pero con rico contenido. Con un cuerpo endeble, pero con un alma febrilmente quijotesca y decidida. Sin vistosidad, pero con mística. Con emoción se visita el aula salmantina donde dictaba Fray Luis de León sus altos conceptos en limpio lenguaje ciceroniano. No posee el derroche de luz de una Ciudad Universitaria, ni los cómodos pupitres que prescriben los antropometristas, ni el color pedagógico en sus paredes. En cambio, todavía palpita en ella "el alma", esto es, el contenido, de que supo colmarla el admirable maestro, y que dió origen a generaciones enteras culturales.

Naturalmente que es ideal conjugar ambos aspectos: presentación y contenido. Pero si en un caso fuera forzoso escoger entre ambos, yo ciertamente optaría por el contenido sin presentación.

Ojalá cristalicen pronto los anhelos que pululan a lo largo y ancho de Venezuela en el luminoso contenido de una Universidad Católica.

CARLOS GUILLERMO PLAZA, S. J.